

NATURALEZA Y LÍMITES DEL “ANTAGONISMO SISTEMÁTICO” PROPUESTO POR JOHN STUART MILL¹

Maria Pollitzer

Universidad Católica Argentina, República Argentina

ABSTRACT

Throughout his work, Mill presents antagonism as the most effective remedy to combat moral, intellectual and political stagnation, a special peril that threatens modern society. This article's aim is to clarify the nature and limits of antagonism, as envisaged by Mill. It focuses on its perpetual and systematical character and argues that antagonism is a key component of the “advanced liberalism” he subscribed.

Key Words: John Stuart Mill; Antagonism; Diversity; Liberty; Violence.

RESUMEN

El presente artículo tiene por objeto precisar la naturaleza del antagonismo que Mill reivindica a lo largo de su obra como uno de los remedios más eficaces a la hora de combatir el estancamiento político, intelectual y moral que amenaza a las sociedades modernas. El análisis se concentra principalmente en las notas de perpetuidad y sistematicidad que Mill le asigna y presenta al antagonismo como uno de los componentes del “liberalismo avanzado” que él mismo decía suscribir.

Palabras clave: John Stuart Mill; Antagonismo; Diversidad; Libertad; Violencia.

¹ [Recepción: 13 de abril de 2015. Aceptación: 13 de julio de 2015.]

1. INTRODUCCIÓN

Resulta conveniente afirmarlo desde el inicio: Mill no desarrolla una teoría del conflicto. No se detiene a analizar de manera sistemática o exhaustiva la naturaleza del conflicto social o político, no presenta ninguna tipología de los mismos ni puntualiza cuáles serían los canales o mecanismos adecuados para su resolución. Tampoco destina libro, ensayo o artículo alguno a presentar específicamente sus ideas en esta materia.

A pesar de estas limitaciones, cabe afirmar que el conflicto o el antagonismo constituyen una temática presente desde temprana edad en Mill, que –aunque de forma dispersa– recorre gran parte de su vasta producción escrita² y se encuentra íntimamente vinculada con muchas de las propuestas concretas que él mismo alentó en los más diversos campos. Sus reflexiones sobre el antagonismo transitan, pues, tanto el plano descriptivo como el prescriptivo, en tanto y en cuánto éste es visualizado no sólo como un elemento insoslayable de la realidad sino también como un valor digno de ser estimulado y preservado. Es ésta una preocupación que fue ganando fuerza entre las principales ideas de Mill y adquiriendo rasgos propios con el paso del tiempo y gracias al contacto mantenido con pensadores provenientes de distintas tradiciones intelectuales, como los saint-simonianos (vía G. d' Eichthal), los románticos ingleses (principalmente a través de S. Coleridge y G. Sterling), los liberales continentales (como F. Guizot y A. Tocqueville) y la escuela positivista de A. Comte.

El objetivo del presente artículo es poner de relieve las consideraciones más o menos dispersas de Mill sobre la cuestión del antagonismo y contribuir, de este modo, al análisis de uno de los componentes que, a su entender, resulta fundamental en la vida de toda comunidad libre. Se estructura en base a cuatro ejes: el primero, explica la vinculación existente entre el antagonismo y la sociedad democrática; el segundo, trata sobre su alcance temporal, es decir, al grado de transitoriedad o permanencia que cabe asignarle; el tercero, presenta los ámbitos en los cuales puede y debe tener lugar dicho antagonismo y atiende a la compleja relación que articula la defensa que Mill realiza del conflicto y de la diversidad subyacente

² Las citas de las obras de Mill están tomadas de *Complete Works of John Stuart Mill*, John M. Robson (ed), Toronto, University of Toronto Press- London, Routledge and Kegan Paul, 1963-1991, 33 vols. Se las indica como CW.

con su visión perfeccionista del hombre. Finalmente, el cuarto eje analiza los medios y los modos a través de los cuales este antagonismo debería canalizarse.

2. REHABILITAR EL ANTAGONISMO EN TIEMPOS DEMOCRÁTICOS

Para Mill, el antagonismo es un componente ineludible de la vida social y política en tanto que forma parte de aquello que Maquiavelo llamaba *la verità efettuale della cosa*. Su origen aparece anudado a la diversidad y la pluralidad inherentes a toda sociedad. En más de una oportunidad, cuando ofrece un diagnóstico o una simple descripción de la sociedad moderna, menciona la existencia de grupos rivales a los que presenta como “antitéticos”, “contendientes”, “opuestos” y/o “antagónicos”. Propone como ejemplo de estos grupos las clases satisfechas y las que aspiran a progresar; los ricos y los pobres; los jóvenes y los ancianos; quienes descansan en el prestigio o el poder heredados y quienes se valen de su talento personal como herramienta de ascenso social; aquellos que se guían por el instinto de la conservación, el miedo a la innovación y la nostalgia del pasado y aquellos que abrazan el cambio movidos por el deseo de progreso; quienes –por fin– disponen de un carácter pasivo y quienes, de uno principalmente activo.³ La pertenencia a unos y otros obedece a distintas causas, entre las cuales, la posición social y las circunstancias que moldean el carácter de cada hombre adquieren particular preeminencia.

Los antagonismos también afloran en el plano discursivo, en el que las ideas parecen embarcadas en su propia lucha: aristocracia *versus* democracia, propiedad *versus* igualdad, cooperación *versus* competencia, lujo *versus* abstinencia, sociabilidad *versus* individualidad, o bien, amor al poder *versus* amor a la libertad.⁴ En cualquier caso, quienes defienden estos principios en pugna, sugiere Mill, suelen agruparse genéricamente bajo dos tipos de espíritus, los cuales –a su vez– informan los dos grandes partidos a través de los que ha-

3 Cfr. Mill, John Stuart, “State of Parties in France”, *Examiner* (28-8-1831), en: *CW*, Vol. XXIII, pp. 336-341; “Spirit of the Age”, *Examiner* (enero a mayo de 1831), en: *CW*, Vol. XXII, p. 239, 245 y 295; Carta enviada a John Sterling (2-10-1839), en: *CW*, Vol. XIII, p. 409 y *Considerations on Representative Government*, en: *CW*, Vol. XIX, pp. 407-9.

4 Cfr. Mill, J.S., *On Liberty*, en: *CW*, Vol. XVIII, p. 255; *The subjection on Women*, en: *CW*, Vol. XXI, p. 338 y *Principles of Political Economy*, en: *CW*, Vol. III, p. 944.

brán de canalizarse las principales disputas en lo sucesivo: el espíritu conservador o estacionario, y el espíritu radical o de movimiento.⁵

Ésta pareja antitética (partido conservador/partido radical) recuerda la distinción realizada por Coleridge entre las dos grandes fuerzas que comprenden los intereses presentes en una sociedad civilizada a las que denomina Permanencia y Progreso. Según el poeta romántico, ellas representan “poderes antagónicos e intereses opuestos”, uno vinculado con los propietarios de la tierra y el otro con las clases mercantiles, manufactureras, distribuidoras y profesionales. En opinión de Coleridge, estos poderes son opuestos aunque no contrarios, y (como sucede con los polos magnéticos) se suponen y requieren mutuamente. Aunque Mill no coincide exactamente con la identificación que Coleridge propone entre ambas fuerzas y sus respectivos grupos sociales (en su opinión, la antítesis correcta sería entre las clases satisfechas y las ambiciosas, la vejez y la juventud, la herencia y el talento personal) sí comparte con él la idea de que el progreso social recorre un camino dialéctico, que la rivalidad entre las fuerzas no desaparece y que ambas deben encontrar su lugar de representación en el ordenamiento institucional, desde donde habrán de contrabalancearse.⁶

Ahora bien, si por momentos Mill da a entender que el antagonismo es un hecho que él mismo comprueba en el contexto inglés que lo rodea, por otros, su voz adquiere un tono prescriptivo, que alerta sobre su imperiosa necesidad ante la perspectiva de un peligro que avizora cada vez más cercano: el del estancamiento político, social e intelectual que amenaza a las sociedades modernas.⁷ Un escenario en

5 Para la caracterización de los partidos radical y conservador véase Mill, J.S., “Writings of Alfred de Vigny”, *London and Westminster Review* (agosto 1838), en: *CW*, Vol. I, pp. 467-469, “Recent Writers on Reform”, *Frazer’s Magazine* (abril 1859), en: *CW*, Vol. XIX y “Reorganization of the Reform Party”, *London and Westminster Review* (abril 1839), en: *CW*, Vol. VI. Ya a comienzos de la década de 1830 Mill hablaba de la necesidad de que tanto el “espíritu progresista” como el “espíritu conservador” tuvieran asiento en las Cámaras, argumentando que “entre pasiones opuestas la razón puede generalmente mantener el equilibrio” (Cfr. “State of parties in France”, *Examiner* (28-8-1831), en: *CW*, Vol. XXIII, p. 340).

6 Coleridge, S., *On the constitution of Church and State according to the idea of each*, Harte, Chance and Co, London, 1830, p. 18. Cfr. la carta enviada por Mill a J. Sterling (2-10-1839), en: *CW*, Vol. XVIII, p. 409.

7 Cfr. Pollitzer, M. “John Stuart Mill y el peligro del estancamiento en las sociedades modernas”, *Revista Estudios Públicos* Vol. 128 (2012), pp. 89-113.

el que la diversidad y el conflicto quedan sepultados bajo el manto de la uniformidad, aquella que resulta de la imposición hegemónica de un solo grupo de individuos, de intereses, pasiones y hábitos sobre el conjunto de la sociedad. Pues resulta que

“allí donde hay identidad de posición e intereses, también habrá identidad de parcialidades, pasiones y prejuicios, y darle a cualquiera de estos conjuntos de parcialidades, pasiones y prejuicios, el poder absoluto...es la manera de convertir un estrecho y mezquino tipo de naturaleza humana en universal y perpetuo, y de aplastar toda influencia que tienda al progreso de la naturaleza intelectual y moral del hombre.”⁸

Mill había encontrado en las obras de Guizot una suerte de ratificación histórica de lo que hasta entonces había sido una idea en germen.⁹ Para el historiador francés, la superioridad y la libertad que caracterizaban a la civilización europea (en contraposición con las civilizaciones orientales y antiguas) se explicaban principalmente por el hecho de que en ella siempre había permanecido viva la puja, la confrontación y el combate entre diversos poderes, principios, ideas e instituciones. Su historia proyectaba la imagen de un “*stormy chaos*” –según la paráfrasis que realiza el propio Mill– en el que la coexistencia de poderes rivales, ideas y sentimientos distintos y la imposibilidad de excluirse mutuamente había evitado que uno solo se impusiera de manera absoluta sobre el resto.¹⁰ El antagonismo ha-

8 Mill, J.S., “Bentham”, en: *CW*, Vol. X, p. 107.

9 En sus primeros artículos periodísticos o en los discursos juveniles pronunciados en el marco de la *London Debating Society* casi no aparece la expresión “antagonismo”. Pero sí, la idea de que él ha abrazado “sin posibilidad de divorcio” la causa del progreso como contracara del estancamiento, la importancia del cuestionamiento y la discusión para aproximarse a la verdad y evitar el dogmatismo, o el elogio de los caracteres activos por sobre los pasivos. Cfr., a modo de ejemplo, “The Universities”, en: *CW*, Vol. XXVI, p. 349; “French News”, *Examiner* (13-2-1831), en: *CW*, Vol. XXII, p. 263; “State of Parties in France”, *Examiner* (28-8-1831), en: *CW*, Vol. XXIII, pp. 336-41; “French and English Journals”, *Examiner* (26-1-1832), en: *CW*, Vol. XXIII, p. 530 o “French News”, *Examiner* (26-1-1834), en: *CW*, Vol. XXIII, p. 671.

10 Mill, J.S. “Guizot’s Lectures on European Civilization”, *Westminster Review* (enero 1836), *CW*, Vol. XX, p. 381. R. Kurfist señala que Mill desafía lectura convencional al sostener que el espíritu de progreso que se encontraba en el Oeste no era fruto del espíritu de comercio y de la industria, sino el producto, en la Europa moderna, de un antagonismo sistemático entre fuentes de poder separadas e independientes presentes en ella. 607 (“John Stuart Mill’s Asian Parable”, *Canadian Journal of Political Science*, Vol 34, N° 3 (2001), pp .601-619).

bía oficiado –en la interpretación de Guizot– como un antídoto eficaz frente al inmovilismo de cuño oriental.

Confrontado con el crecimiento inédito y aparentemente irreversible de las clases medias, y aleccionado por Tocqueville acerca de los riesgos que supone la tiranía de la mayoría, Mill se empeñó en recordar a sus coetáneos que “no sólo en China una sociedad homogénea es naturalmente una comunidad estacionaria”¹¹, porque cuando cesa el antagonismo y “una de las partes [cualquiera sea su composición] logra imponer su posición de manera completa (...) llega el estancamiento y luego la decadencia”.¹² Sus advertencias se hacen más frecuentes a partir de fines de la década del 30’ y se encuentran presentes tanto en sus artículos periodísticos y sus reseñas como en su correspondencia privada y sus principales libros.

Para que el ascenso del poder popular sea seguro, afirma en su artículo sobre Duveyrier, lo que se precisa es “poner a su lado los correctivos y contrapesos que posean aquellas cualidades opuestas a las de sus defectos característicos”.¹³ O bien, idear un “centro de resistencia” o un “punto de apoyo” que opere como refugio y plataforma de los sectores que son vistos con desaprobación por parte del poder gobernante; alentar “contra-tendencias” que actúen en sentido contrario al de aquellas que se presentan como prevalecientes e, inclusive, defender manifestaciones “excéntricas”, contrarias a los modos de ser predominantes.¹⁴

Al respecto, también resulta interesante la observación acercada por R López Sánchez cuanto recuerda que la lectura que Mill hace de Guizot se encuentra mediada por el previo acercamiento que éste había tenido a las tesis de Coleridge. Cfr. López Sánchez, Rosario, *Concepts and historical contexts in liberalism’s intellectual debates: a study of John Stuart Mill’s moral and political thought*. Universidad de Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, 2013, p. 75.

11 Mill, J.S., “De Tocqueville on Democracy in America. II”, *Edinburgh Review* (octubre 1840), en: *CW*, Vol. XVIII, p. 196.

12 Mill, J.S. *Considerations on Representative Government*, *op cit*, p. 458. Cfr. Pollitzer, M. “Individuos perdidos en la multitud. Mill y Tocqueville sobre la sociedad democrática”, *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, n°56, año XXIX (2012), pp. 5-34, y “Conflicto y libertad en la teoría política de N. Maquiavelo y J.S. Mill”, *Foro Interno. Anuario de teoría política* Vol. 15 (2015), en prensa.

13 Mill, J.S., “Duveyrier’s Political View of French affairs”, *Edinburgh Review* (1846), en: *CW*, Vol. XX, p. 306. Cfr. también “De Tocqueville on Democracy in America. II”, *op cit*, p. 196.

14 Cfr. Mill, J.S., “Bentham”, p.108; “Civilization”, *London and Westminster Review* (abril 1836), en: *CW*, Vol. XVIII, p. 136 y *On Liberty*, *op. cit*, p. 269.

Rehabilitar el antagonismo en tiempos democráticos es, por tanto, un camino no sólo “necesario” sino “indispensable” para preservar la libertad tanto en materia especulativa como en el ámbito social e institucional.¹⁵

3. ¿REMEDIO TRANSITORIO O ANTÍDOTO DE VIGENCIA CONTINUA?

Como es bien sabido, a los pocos años de su famosa crisis intelectual Mill comenzó a interesarse por las ideas profesadas por los saintsimonianos. A comienzos de 1831 publicó una serie de artículos en el periódico semanal de tendencia radical, *Examiner*, bajo el título de “The Spirit of the Age”, en los que aventuró un primer diagnóstico sobre la realidad de su época sobre la base de que la historia estaba dividida en períodos orgánicos o naturales y períodos inorgánicos o de transición. En los primeros, enseñaban los seguidores de Saint Simon, el poder temporal y la influencia moral son ejercidos sin discusión por las personas más capacitadas de la sociedad y el pueblo, por lo general, respeta las leyes y las instituciones que rigen su vida sin cuestionarlas. En contrapartida, en los períodos de transición, la unión entre el poder temporal y quienes ejercen la influencia moral en la sociedad se rompe. La autoridad que fija las opiniones y los sentimientos de quienes aún no están suficientemente acostumbrados a pensar por sí mismos no reside aquí en las mentes más cultivadas y, al no existir doctrinas establecidas, el mundo de las opiniones es un “mero caos” en el que reinan la incertidumbre y el escepticismo. Siguiendo este enfoque, Mill no dudó en catalogar a su propia época como “transitoria”.¹⁶ En ella percibía, como notas distintivas, el incremento de la discusión y el cuestionamiento a las verdades establecidas, el clamor por nuevas máximas y nuevos guías, por nuevos lazos que unan a los hombres y nuevas barreras que los separen. Una época, en fin, en la que la sociedad se encontraba dividida en dos partidos contendientes: el de los hombres del pasado y el de los hombres del presente.

15 Cfr. Mill, J.S. “Coleridge”, *London and Westminster Review* (marzo 1840), en: *CW*, Vol. X, p.122 y la carta enviada por Mill a A. Comte (25-2-1842), en: *CW*, Vol XIII, p. 503.

16 Cfr., a modo de ejemplo, Mill, J.S. “The spirit of the age. II”, *Examiner* (23-1-1831), en: *CW*, Vol. XXII, p.238; “De Tocqueville on Democracy in America. I”, *London and Westminster Review* (octubre 1835), en: *CW*, Vol. XVIII, p. 54 y la carta dirigida a Robert B. Fox (19-2-1842), en: *CW*, Vol. XIV, p. 564.

Ahora bien, convencido de que tarde o temprano este período sería traspuesto, sus esfuerzos se concentraron en vislumbrar la dirección y los nuevos rasgos que la siguiente etapa orgánica habría de presentar. Y aquí disiento con la interpretación que ofrece G. Duncan, cuando sostiene que Mill vincula la diversidad y el conflicto casi exclusivamente con los períodos de transición, augurando, en tanto, la llegada de una nueva etapa caracterizada por una “homogeneidad intelectual y social bajo el liderazgo de los sabios”.¹⁷ Si bien es cierto que en estos primeros textos se respira una suerte de opinión favorable hacia un elitismo moral e intelectual y hacia las bondades que resultan de la existencia de una autoridad unificada, años más tarde Mill se manifestará crítico de algunas de las ideas contenidas en estos artículos.¹⁸ Pero más allá de esta retractación, hay razones más profundas para disentir con la lectura de Duncan. En repetidas oportunidades, Mill aclaró que el antagonismo –lejos de quedar circunscripto a un período transitorio– está llamado a ser “incesante”, “continuo” o “permanente” (según apunta en *On Liberty*), “perpetuo” (si atendemos a sus palabras en “Guizot’ Essays and Lectures on History”, “Writings of Alfred de Vigny” o “Bentham”) y “eterno” (en función de la referencia contenida en *Subjection on Women*).¹⁹

Ocurre que, en su opinión, cualquier hegemonía que goce de un poder seguro e incuestionado, que se vea eximida del esfuerzo que entraña su prosecución tiende a sucumbir en la falsa seguridad de creer “estar en lo cierto porque es capaz de hacer que su voluntad prevalezca sin tener que atravesar por una lucha previa”.²⁰ Esta situación termina resultando perjudicial no sólo para aquellos que quedan excluidos y son oprimidos, sino también para quienes integran el poder hegemónico. Quizás sea ésta la dimensión más interesante de su argumentación. La ausencia de antagonismos implica no solamente una restricción a la expresión de la diversidad presente en toda

17 Duncan, G. *Marx and Mill: two views of social conflict and social harmony*. Cambridge, Cambridge University Press, 1973, p. 215.

18 Mill, J.S. *Autobiography*, en: *CW*, Vol. I, p. 181.

19 Mill, J.S. *On Liberty*, p. 255 y 273; “Guizot’s Essays and Lectures on History”, en: *CW*, Vol. XX, p. 269, “Writings on Alfred de Vigny”, *op. cit.*, p. 479, “Bentham”, *op. cit.*, p. 108 y *The Subjection of women*, *op. cit.*, p. 338.

20 Mill, J.S. “Duveyrier’s Political View of French affairs”, *op. cit.*, p. 306. En este pasaje el argumento aplica a las disputas políticas y a los mecanismos que cada país establece para dar curso a las mismas, y para éstas devengan en decisiones gubernamentales. Pero bien podría aplicar también al mundo de las ideas en general.

sociedad, y por consiguiente, un avance contra la libertad individual. Conlleva, al mismo tiempo, la eliminación o cercenamiento *de iure* o *de facto* de grupos y/o ideas rivales capaces de cuestionar y desafiar el *status quo*, lo que priva al grupo dominante de la necesidad de mantener su mente y energía activa, lo enerva y adormece. Al ahogar la fuente de genuina discusión también dificulta su crecimiento moral e intelectual.

Desde esta perspectiva, por ejemplo, deben comprenderse sus reparos frente a la desconfianza en la competencia que manifestaban los socialistas. Tal como explica en *Principles of Political Economy*, los socialistas se olvidan cándidamente de que cuando no hay competencia, hay monopolio. Concede que la competencia puede acarrear males, pero recuerda que al mismo tiempo previene de males mayores, como el estancamiento. Mill cree que las posiciones que la cuestionan tienden a subestimar la tendencia natural de la humanidad hacia la indolencia y la pasividad. Sin ser el mejor estímulo, resulta necesaria e indispensable para sacudirse de “la esclavitud del hábito” y motorizar cambios en todos los ámbitos. En lugar de contribuir al progreso de los hombres, su ausencia alimenta su opacidad e inactividad mental.²¹Vinculada también a esta lógica argumental, se encuentra su crítica hacia la “desordenada exigencia de unidad y sistematización”²² que –en su opinión– parece haber obsesionado a Comte. Una exigencia que se plasma con claridad en la propuesta del nuevo Poder Espiritual defendido por el francés. Mill conviene con Comte en la necesaria ascendencia que los pensadores más eminentes deben tener sobre la opinión del resto de los hombres. Sin embargo, cuestiona la conveniencia de que éstos se hallen asociados y organizados en un cuerpo rígido. Considera que el riesgo de depositar la autoridad moral e intelectual en este nuevo cuerpo reside en la posibilidad de que se termine desdibujando aquella separación de poderes que Comte mismo había propuesto como indispensable para un estado sano (propuesta en la que –dicho sea de paso– Mill había encontrado una solución concreta donde aplicar el principio del antagonismo organizado con el que se encontraba comprometido). Como le confiesa en una carta fechada a comienzos de 1842, el sentido común y la historia le habían prevenido de “aquellas doctrinas utópicas que buscan volver a poner el gobierno de la sociedad en las

21 Mill, J.S., *Principles of Political Economy*, op cit, pp. 795-6.

22 Mill, J.S., *Auguste Comte and Positivism*, en: *CW*, Vol. X, p. 336.

manos de los filósofos o de hacerlo depender de las altas capacidades intelectuales”.²³ Teme que, en un horizonte semejante, la clase especulativa vea gravemente alterados sus hábitos morales e intelectuales y se transforme en un grupo de “sabios sin verdadera originalidad”, en una “pedantocracia” como la que gobernaba en China²⁴. La constitución de esta suerte de cuerpo jerárquico investido con una autoridad centralizada, desde dónde “toda la educación queda enmarcada según un mismo modelo y dirigida hacia la perpetuación del mismo tipo” implica –en su opinión– nada menos que un escenario de “despotismo espiritual”, uno “más negro y contrario al progreso que aquel que las monarquías militares o las aristocracias habían sabido imponer”.²⁵ Haciéndose eco de las palabras del propio Mill, J. Skorupski define a Comte como un “liberticida” ya que su propuesta conduce a la eliminación de la independencia y la individualidad.²⁶

La celebración del antagonismo como un componente útil y bueno en sí mismo, que beneficia a quienes lo protagonizan y que por tanto no puede ser concebido como un remedio transitorio, es también la consecuencia a la que arriba Mill al constatar lo difícil que resulta para la mayoría de los hombres alcanzar una “mirada comprensiva y católica” [en el sentido de universal] sobre los diversos aspectos de la realidad. En “Writings of Alfred de Vigny” se detiene a describir las notas salientes que caracterizan la mirada de un pensador (o poeta, en este caso). Distingue aquí también dos categorías de pensadores o dos tipos de simpatías a las que un pensador puede adherir –la radical y la conservadora– y advierte que, salvo en escasas excepciones, estas dos simpatías “nunca estarán enteramente reconciliadas”, por lo que considera conveniente que cada una sea atemperada por la otra.²⁷ Esto genera la necesidad de una confrontación continua, en

23 Carta enviada por Mill a A Comte (25-2-1842), en: *CW*, Vol. XIII, p. 502.

24 Además de en la carta mencionada en la nota anterior, el término “pedantocracia” también es empleado en *Considerations on Representative Government*, *op.cit*, p. 439 y en *On Liberty*, *op. cit*, p. 308. Sobre la cuestión de la “originalidad” en el pensamiento de Mill, ver “On Genius” *Monthly Repository* (octubre 1832) en: *CW*, Vol. I, pp. 329-339.

25 Mill, J.S. *Auguste Comte and Positivism*, *op cit*. pp. 314-5 y “Guizot’s Essays on History and Lectures on History”, *op cit*, p. 270.

26 La expresión “liberticida” referida a Comte se encuentra en una carta que Mill envía a Harriet Taylor, fechada el 15-1-1855 (*CW*, Vol. XIV, p. 294). Cfr. Skorupski, J. “Introduction”, en: *The Cambridge Companion to Mill*, Cambridge University Press, 1998, p. 19. <<http://dx.doi.org/10.1017/CCOL0521419875.001>>

27 Mill, J.S. “Writings of Alfred de Vigny”, *op cit*, pp. 467-9.

tanto que las limitaciones de cada aproximación particular solo se sortean cuando los individuos tienen ocasión de ser interpelados por quienes defienden opiniones diferentes y/o contrarias.²⁸ Una suerte de *leit-motiv* que se reitera en varios textos de Mill y que guarda relación con su concepción dinámica de la verdad (consideración filosófica sobre la que no es posible explayarse aquí²⁹), con el interés que suscitó en él la cuestión de la formación del carácter o con la manera en la que entendió la representación política. De hecho, sus esfuerzos por dar forma a la nueva ciencia de la Etología se fundan en la convicción de que los hombres son capaces de corregir y reencauzar el propio carácter siempre y cuando sepan situarse bajo la influencia de condiciones o circunstancias distintas [e incluso, contrarias] de aquellas a las cuales fueron sometidos por sus primeros educadores.³⁰ Como en el caso de la búsqueda de la verdad, el cultivo del propio carácter es un trabajo continuo que no conoce fin y por consiguiente, la disposición a abrazar el contraste y la rivalidad, lejos de constituir una etapa destinada a ser superada, debe permanecer siempre activa. El mismo argumento tiene su correlato en la arena institucional: Mill considera al Parlamento como el ámbito privilegiado en el que los representantes de todos los sectores han de “pelear la dura batalla de las opiniones”.³¹ Una batalla que difícilmente encuentre un punto de reposo, en tanto que supone protagonistas que encarnan la heterogeneidad dispersa en la sociedad y cuya confluencia en el ámbito legislativo debería tener por objeto posibilitar la representación, no tanto de los diferentes intereses que los hombres poseen, sino “de las diferencias en sus puntos de vista intelectuales”.³² Como explica en

28 El mismo “remedio” es eficaz a la hora de evitar que una verdad aceptada devenga en un dogma muerto ni bien se ve eximida de dar cuenta de los fundamentos sobre los que descansa. Cfr. Mill, J.S., *On Liberty*, cap. II.

29 Cfr. Pollitzer, M. “El pensamiento nunca es enemigo del pensamiento. El alegato a favor de la libertad de pensamiento y discusión en John Stuart Mill y Alexis de Tocqueville”, *Analecta Política. Revista de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales* Vol 3, n° 4 (2013), pp. 15-32.

30 Cfr. Mill, J.S. *System of Logic*, en: *CW*, Vol. VIII, pp. 839-841 y *Autobiography*, *op cit*, p. 175.

31 Mill, J.S. “Personal Representation”, en: *CW*, Vol. XXVIII, p.183.

32 Mill, J.S. “Recent Writers on Reform”, *op.cit*, p.358. En su “Inaugural Address delivered to the University of St. Andrews” Mill recuerda las dificultades que los hombres encontramos para ampliar o ensanchar el sesgo parcial de la propia mirada y sostiene que la única vía para hacerlo es si nos disponemos a “utilizar con frecuencia anteojos de cristales o colores diferentes de otras personas”, y añade que cuánto más diferentes sean, mejor. (*CW*, Vol. XXI, p. 226). R. López

Consideraciones sobre el Gobierno Representativo, “en la ausencia de sus defensores naturales, el interés de los excluidos está siempre en riesgo de ser desestimado, y cuando se lo considera, se lo hace con ojos diferentes a los que tendrían las personas a las que les concierne directamente”.³³

En síntesis, tanto por los males que previene (entre ellos, el estancamiento político, moral e intelectual, la uniformidad y la homogeneización social o la pérdida de vitalidad y energía entre quienes detentan el poder) como por los beneficios que reporta (la posibilidad de re-direccionar el propio carácter y superar los sesgos inherentes a toda mirada parcial o la oportunidad para atender a los diferentes intereses presentes en la sociedad), el antagonismo es visualizado por Mill como un ingrediente imprescindible de toda sociedad que aspire a la libertad. Su vigencia ha de ser, pues, permanente.

4. ANTAGONISMO “SISTEMÁTICO”, PLURALISMO Y LIBERTAD

Además de incesante, para Mill el antagonismo también debía ser “sistemático”³⁴, debía abarcar “todos los asuntos humanos”³⁵ y encontrar su asiento tanto dentro del diseño institucional como en el seno de la misma sociedad, e inclusive en el interior de cada individuo. En este sentido, resulta interesante la pregunta que formula en “Vindication of the French Revolution of February 1848”, cuando se detiene a analizar la constitución de la II República Francesa. Le interesa discutir si el antagonismo no se mostraría mucho más fecundo y beneficioso si se lo situara en la sociedad antes que en el estado, en las universidades antes que en el Parlamento, “si debiera tener su lugar entre los poderes que forman la opinión pública más que entre quienes tienen por función ejecutarla”.³⁶ Esta inflexión en su pensamiento es reflejo del peso creciente que fue asignando a la reforma

Sánchez llama la atención sobre la relación circular que estaba llamada a establecerse entre el rol del antagonismo en el nivel institucional y en el nivel individual. Sostiene que el parlamento “figura como un ejemplo regulatorio que ilustra cómo deberían afrontarse las múltiples visiones contendientes”. Cfr. *Concepts and historical contexts in liberalism’s intellectual debates*, op. cit., p. 50.

33 Mill, J.S. *Considerations on Representative Government*, op.cit., p. 405.

34 Mill, J.S. “Guizot’s Essays and Lectures on History”, op. cit., p. 269.

35 Mill, J.S. *Considerations on Representative Government*, op.cit., p. 439

36 Mill, J.S. “Vindication of the French Revolution of February 1848”, *Westminster Review* (abril 1849), en: *CW*, Vol. XX, p. 359.

individual como antesala del progreso social, y de la confianza y expectativa depositadas en una “renovación completa en las opiniones y los sentimientos más enraizados”³⁷ antes que en los proyectos de reforma política promovidos por los distintos partidos. En cualquier caso, la dinámica de la confrontación informa las propuestas que alentó en cada uno de estos ámbitos.

En términos de su propuesta institucional, prestó apoyo a distintas alternativas (como la modificación en la composición de la Cámara Alta, el voto plural o acumulativo propuesto por Lord Montague y J.G.Marshall y el proyecto de representación proporcional ideado por T. Hare) que buscaban asegurar la pluralidad de voces dentro de un régimen representativo y garantizar la vigencia del antagonismo al asegurarle a los sectores minoritarios un “punto de apoyo” o “centro de resistencia” frente al grupo predominante.³⁸ Thompson, Urbinati, B. Turner, entre otros, han trabajado sobre esta línea de su argumentación y, más allá de las diferencias en sus interpretaciones, coinciden en destacar la connotación positiva que Mill le asigna a la conflictividad y la importancia de incorporar la lógica del contraste dentro del orden institucional.³⁹ En lo que respecta a su visión de la sociedad podemos decir que su anhelo por preservar la heterogeneidad social lo distancia tanto de Marx como de Guizot. Mill no quiere una sociedad sin clases ni una en la que dominara una clase heroica, ya fuera proletaria o burguesa.⁴⁰ Antes bien, como expone en la reseña sobre el segundo volumen de *La democracia en América*, espera que la ascendencia de la clase media sea contrarrestada por la pre-

37 Ibidem, p. 350. J. Hamburger recoge varios pasajes en los que Mill da cuenta de este cambio de perspectiva. Cfr. “Introduction”, en: Mill, J.S., *CW*, Vol. VI, pp 19-22.

38 Cfr. Mill, J.S. *Considerations on Representative Government*, op.cit, (especialmente, los capítulos VII y XIII); “Thoughts on Parliamentary Reform”, en: *CW*, Vol. XVIII y “Rationale of Representation”, *CW*, Vol. XVIII.

39 Cfr. Thompson, D. *John Stuart Mill and Representative Government*. Princeton, Princeton University Press, 1976 (<<http://dx.doi.org/10.1515/9781400868582>>); Urbinati, N. *Mill on Democracy*. Chicago, University of Chicago Press, 2004 y Turner, B. “John Stuart Mill and the antagonistic foundation of liberal politics”, *The Review of Politics* 72 (2010), pp. 25-53 (<<http://dx.doi.org/10.1017/S0034670509990957>>).

40 Kahan, A. *Aristocratic liberalism: the social and political thought of Jacob Burckhardt, John Stuart Mill and Alexis de Tocqueville*. Oxford University Press, 1992, p.37.

sencia de una clase agrícola, una clase ociosa y una clase letrada.⁴¹ La coexistencia de estas clases, cada una, imbuida de un espíritu, ideas, hábitos y sentimientos diferentes y –en parte– opuestos, resulta vital a fin de procurar un clima de constante interpelación que, sin embargo, no conduzca a una contienda de naturaleza violenta. Volveré sobre este punto más adelante. Por ahora, basta indicar que –en su opinión– “los hombres no son proclives a adoptar las características de [aquellos a quienes perciben como] sus enemigos”.⁴²

Por último, el lenguaje de la confrontación también aparece en la obra de Mill cuando éste se interesa por los canales *en los cuales y desde los cuales se forman los individuos*: en principio, las escuelas, las aulas universitarias y el núcleo familiar; pero también la prensa, la vida municipal, las diversas instancias de participación política o las organizaciones que agrupan a los trabajadores. Resulta atinado a los fines de ilustrar este punto, señalar que para Mill el objetivo principal de todo educador debe ser formar hombres que cuestionen [*inquirers*] en lugar de discípulos, pensadores y no meras cajas de conocimiento [*knowledge-boxes*].⁴³ Convencido de que “la misma idea de progreso implica el cuestionamiento de las opiniones establecidas”⁴⁴, asegura que el espíritu con el que deberían proceder los educadores no puede ser uno caracterizado por el dogmatismo sino por el afán de superación y el empeño puesto en ayudar (siguiendo la inspiración socrática) a que los alumnos o educandos transiten por sí mismos el camino que los acerca a descubrir la verdad y a cultivar su espíritu. En esta tarea, reserva un lugar especial a dos disciplinas

41 Cfr. Mill, J.S. “De Tocqueville on Democracy in America. II”, *op. cit.*, p. 198. J.H. Burns ha observado que en su artículo de 1840, Mill invierte el orden en el que él mismo fue incorporando estos tres elementos que deberían operar como contrapesos frente al predominio del espíritu comercial. En términos cronológicos, su contacto con los saint-simonianos y con Coleridge lo habían llevado a considerar el rol que le cabía a una “clase ilustrada” en una sociedad democrática; la lectura del primer volumen de la *Démocratie* le había sugerido la conveniencia de una “clase ociosa” y, por último, a comienzos de la década del 40’ también se sumaron a su reflexión las posibles ventajas que suponía la existencia de una “clase agrícola”. Es más, para Burns, estas incorporaciones representan las distintas etapas en las que Mill se fue alejando de la ortodoxia benthamista. (Burns, J.H. “J. S. Mill and Democracy, 1829-1861. Part I”, *Political Studies*, Vol. V, 2, 1957, p. 175).

42 Mill, J. S., “De Tocqueville On Democracy in America. II”, *op. cit.*, p.199.

43 Cfr. Mill, J.S., “Civilization”, *op.cit.*, p.143, “On Genius”, *op. cit.*, p. 336.

44 Mill, J.S., “The Universities”, en: *CW*, Vol. XXVI, p. 349.

que presenta como propiamente “antagónicas”⁴⁵: la lógica y la poesía. La primera, forma en los hábitos analíticos (fundamentales para combatir los prejuicios, alentar el progreso intelectual y propiciar los caracteres autónomos), mientras que la segunda nutre la imaginación y posibilita el desarrollo de hábitos sociales (como la simpatía), tan necesarios –a su entender– para combatir el individualismo denunciado por Tocqueville.

Esta vigencia sistemática de los antagonismos (manifestada en el diseño institucional que defendía y en los diversos ámbitos de la sociedad) demanda como condición necesaria un clima de respeto a la libertad de pensamiento y de discusión, una de las banderas con las que Mill es comúnmente identificado. Más allá de los famosos argumentos esgrimidos en *On Liberty*, en diversos artículos periodísticos nuestro autor ridiculiza a quienes creen que la sociedad semeja un “castillo de naipes” susceptible de derrumbarse ante el ruido que provocan las fuertes controversias y discusiones.⁴⁶ Los acusa de “alentar pesadillas para atemorizar imbéciles”⁴⁷. Ahora bien, al mismo tiempo, la suya no es una propuesta que defiende ni promueve la neutralidad axiológica. Cabe preguntarse, entonces, cómo se vincula su defensa del antagonismo y el pluralismo subyacente, con la idea de una jerarquía de bienes y valores que ha de orientar, en última instancia, tanto el propio proyecto de vida como el de la comunidad en su conjunto.

Su ensayo sobre “Coleridge” arroja algunas claves que nos permiten esbozar una respuesta para este interrogante. Allí, Mill afirma que los filósofos continentales del siglo XVIII cometieron el error de desconocer o desestimar la necesidad de tres requisitos esenciales para la estabilidad de una sociedad política. Ellos son, en primer lugar, un sistema de educación pensado para todos los ciudadanos, cuyo principal ingrediente es la disciplina de restricción [*restraining discipline*] consistente en un entrenamiento que subordina los impulsos y deseos personales a lo que se consideran los fines de la sociedad y promueve la adhesión al curso de acción que dichos fines prescriben. El segundo requisito reside en la existencia de un sentimiento de lealtad o fidelidad. Este sentimiento, concede Mill, puede

45 Cfr. Mill, J.S., “Thoughts on Poetry and its varieties”, *Monthly Repository* (enero 1833), en: *CW*, Vol. I, p. 361 y “Sedgwick’s Discourse”, en: *CW*, Vol. X, p. 39.

46 Cfr. Mill, J.S., “French News”, *Examiner* (26-2-1834), en: *CW*, Vol. XXIII, p. 671.

47 Mill, J.S. “Stability of society”, *Leader* (17-8-1850), en: *CW*, Vol. XXV, p. 1181.

variar en lo que se refiere al objeto al que se dirige (un dios o varios, un grupo de personas, determinadas leyes, normas o libertades) y tampoco necesita confinarse a una forma de gobierno determinada. Pero, insiste, es preciso que haya algo “que sea fijo, permanente e indiscutido, algo que, por consenso general, tenga derecho a estar donde está, y permanecer a resguardo de los disturbios a pesar de que otras cosas cambien”. Se trata de un “algo” que los hombres toman como “sagrado”, que pueden discutir en teoría pero que nadie quiere ver eliminado en la práctica. Y el tercer requisito consiste en un “principio fuerte y activo de cohesión entre los miembros de una comunidad o un estado (...), un principio de simpatía y no de hostilidad; de unión y no de separación”. Un principio que lleva a los miembros de una comunidad a no mirarse mutuamente como extranjeros sino a valorar y apreciar los lazos que los unen, a sentir que son parte de un mismo pueblo cuya suerte les es común. Los filósofos de siglo XVIII –concluye– no reconocieron en los errores que atacaron, la corrupción de importantes verdades y en las instituciones carcomidas con abusos, necesarios elementos de la sociedad civilizada.⁴⁸ En cierto modo, los tres requisitos mencionados señalan posibles límites al antagonismo que él mismo reivindica. El primero alude a lo que podríamos llamar la disposición individual necesaria que presupone su propuesta; el segundo, tiene que ver con el objeto del antagonismo, o más bien, con aquello que no debería ser afectado por el mismo; y el tercero, se refiere al sustrato social que debería circunscribirlo. Reservo el primero y el tercero para el siguiente punto y me detengo brevemente en el segundo.

Mill sostiene que la única forma en que este sentimiento de lealtad puede existir en adelante es “adhiriéndose a los principios de la libertad individual y la igualdad política y social”.⁴⁹ Reconoce, además, que un estado no está ni puede desear estar libre de disensiones internas por mucho tiempo y que aquello que le permite a la sociedad atravesar estas tormentas sin debilitar de forma permanente las seguridades de una existencia pacífica es precisamente el hecho de que los conflictos no afecten a:

48 Mill, J.S. “Coleridge”, *London and Westminster Review* (marzo 1840), en: *CW*, Vol. X, pp. 133-135. Estos pasajes fueron copiados textualmente en el libro VI de *System of Logic* publicado tres años después.

49 *Ibid*, p. 134.

“los principios fundamentales de la unión social, los lazos que los mantienen unidos ni amenacen a una porción considerable de la comunidad con la subversión de aquello sobre lo cual habían construido sus cálculos y con los que habían identificados sus esperanzas y propósitos.”⁵⁰

Según se desprende del matiz introducido en este pasaje, es claro que para Mill finalmente no todo puede estar sujeto a discusión. O, más precisamente, no *conviene* que lo esté. Sucede que su compromiso con la diversidad y el pluralismo se encuentra enmarcado dentro de una concepción teleológica o perfeccionista del hombre y la sociedad. Como señalan A. Ryan o J. Skorupski, en ésto su postura lo distancia de los liberales contemporáneos. Ryan entiende que

“el momento de la verdad para un pluralista es cuando se le pregunta si estaría feliz de ver florecer una gran variedad de formas de vida no liberales en pos de la variedad, o si en realidad preferiría ver tan sólo una variedad de formas de vida liberales aún si el resultado fuera menor variedad de la que habría si se admitieran las formas de vida no liberal.”⁵¹

Y ubica a Mill dentro de la primera alternativa y a I. Berlin, por ejemplo, en la segunda.⁵² De todos modos, recordemos que –sin asignarle el mismo peso o el mismo valor a todos los proyectos, a todas las doctrinas u opiniones– Mill creía que la heterogeneidad era un componente fundamental para el cultivo de la propia individualidad y para el progreso social. Cuán laxa o estrecha era esa heterogeneidad que celebraba es una pregunta de difícil respuesta, en parte porque se trata de una pregunta que probablemente no se haya formulado,

⁵⁰ Ibid, p. 135.

⁵¹ Ryan, A. “Mill in a liberal landscape”, en: *The Cambridge Companion to Mill*, Skorupski, J. (ed), Cambridge University Press, 1998, p. 534 (<<http://dx.doi.org/10.1017/CCOL0521419875.015>>).

⁵² En un artículo reciente A. Zakaras analiza, precisamente las diferencias que separan a I. Berlin de J.S.Mill en cuanto al valor que ambos asignaron al pluralismo. El profesor de la Universidad de Vermont llama la atención sobre la lectura elogiosa que Berlin hace sobre Mill, atendiendo, en principio, a dos razones principales: Berlin fue muy crítico con cualquier perspectiva monista (y Mill entraría dentro de esta categoría) y el liberalismo que defiende el primero es un liberalismo minimalista fundado en el principio de la tolerancia, mientras que Mill suele ser leído como un pensador perfeccionista que conectaba al liberalismo con un ideal particular de desarrollo o florecimiento humano. Cfr. Zakaras, A., “A liberal pluralism: Isaiah Berlin and John Stuart Mill”, *The Review of Politics* 75 (2013), pp. 69-96 (<<http://dx.doi.org/10.1017/S0034670512001325>>).

al menos en esos términos. Una vez más, el horizonte que lo preocupaba no era la “anarquía intelectual”, no era el movimiento caótico propio de un clima de choque y enfrentamientos, sino el de la uniformidad y el estancamiento.⁵³ Por su parte, J. Skorupski⁵⁴ indica que, a diferencia de los liberales clásicos (para quienes no resultaba incompatible afirmar el valor de la diversidad y, al mismo tiempo, la existencia de una jerarquía de bienes y modos de vida), el liberalismo contemporáneo se recuesta sobre un *ethos democrático*, aquél que considera que todos los fines y valores merecen igual respeto al ser inconmensurables, por lo que intentar evaluarlos puede conducir a abrigar sentimientos de superioridad, de intolerancia y hasta de fanatismo peligroso.

Volviendo al ensayo sobre Coleridge, y como cierre de esta sección, pareciera ser que la reconciliación entre progreso y estabilidad requiere que ciertos principios o valores (como el de la libertad individual o la igualdad política y social) permanezcan al margen de los antagonismos. Porque, cuando el cuestionamiento de los mismos deja de ser una “enfermedad ocasional” o una “medicina saludable”, y se convierte en una “condición habitual”, cuando traspasa el plano teórico y despierta “animosidades violentas”, “el estado queda virtualmente en una situación de guerra civil”⁵⁵. Esta aclaración de Mill nos remite necesariamente a los medios, los recursos y los modos bajo los cuales cree que el antagonismo debería encauzarse.

5. ENTRE EL DISENSO RACIONAL Y EL USO DE LA FUERZA

¿Es posible alentar el antagonismo sin que éste sea necesariamente disruptivo? Como se dijo en un comienzo, Mill no desarrolla

53 Mill, J.S. “French News”, *Examiner* (26-1-1834), en: *CW*, Vol. XXIII, p. 671.

En una carta fechada el 11-5-1840 Mill le confía a Tocqueville que “el verdadero peligro para la democracia, el mal verdadero contra el que hay que luchar (...) no es la anarquía ni el amor al cambio, sino el estancamiento y la inmovilidad a la china”. Cfr. *CW*, Vol. XIII, p. 434.

54 Skorupski, J., “Introduction: The fortune of liberal naturalism”, en: *The Cambridge Companion to Mill*, J. Skorupski (ed), Cambridge University Press, 1998, pp. 25-6.

55 Mill, J.S. “Coleridge”, *op. cit.*, p.134. Tanto en “Guizot’s Essays and Lectures on History” como en *Considerations on Representative Government*, Mill advierte que el antagonismo es la “única condición” o “la única seguridad” para reconciliar la estabilidad con el progreso de manera permanente. Cfr *CW*, Vol. XX, p.269, y Vol. XIX, p. 397.

explícita ni exhaustivamente una teoría del conflicto, pero una lectura transversal de su obra proporciona algunos indicios que nos permitirían responder esta pregunta de forma afirmativa. En clave tocquevilliana podríamos decir que Mill defiende la idea de un “conflicto bien entendido”, aquel que no anula la posibilidad de cooperación y que presupone un determinado tipo de ciudadanía. Para que éste sea un verdadero motor de cambio y progreso se necesita que sus protagonistas sean individuos habituados a subordinar sus propios impulsos y deseos personales a lo que consideran el bien público; individuos disciplinados pero no sumisos ni resignados⁵⁶; activos, enérgicos y emprendedores; celosos defensores de su autonomía pero capaces de sortear el espíritu sectario al tomar conciencia de los sesgos inevitables que toda perspectiva conlleva; individuos que practiquen una genuina humildad intelectual, aquella que inmuniza frente a la pretensión de infalibilidad y dispone a abrazar una actitud de “tolerancia ilustrada”, vale decir, una tolerancia que no es indiferencia, que no esconde o minimiza el conflicto en aras del consenso, sino que –reconociendo la legitimidad de las diferencias –entiende que el disenso debe permanecer activo para que las verdades resguardadas por los compromisos transitorios no se anquilosen y se conviertan en nuevos dogmas.⁵⁷ Una tolerancia, por lo demás, que resulta de una consciencia informada, lo que evita –como dice en los inconclusos *Chapters on Socialism*– que la lucha se libere entre “el cambio ignorante y la oposición ignorante al cambio”.⁵⁸ Si, al mismo tiempo, estos individuos consiguen elevarse por sobre los intereses oscuros y aparentes de clase⁵⁹, y aprenden a mirarse como partes de un todo complejo bajo el amparo de la simpatía, el conflicto se aleja del espectro de la dominación y se transforma en una “rivalidad amistosa” que persigue, en última instancia, “un bien común a todos”.⁶⁰

56 Cfr. Mill, J.S., *Considerations on Representative Government*, op. cit., pp. 407-12.

57 El término “tolerancia ilustrada” aparece en “Coleridge”, op. cit., p. 159. Unas páginas antes, en el mismo artículo Mill señala al antagonismo como la “única base racional y duradera sobre la cual se puede asentar la tolerancia” (p.122).

58 Mill, J.S., *Chapters on Socialism*, en: *CW*, Vol. V, p. 708.

59 Cfr. Mill, J.S. *Considerations on Representative Government*, op. cit., pp. 443-5.

60 Expresiones tomadas de *Principles of Political Economy*, op. cit., p.792 En la comparación entre Berlin y Mill referida en la nota 50, Zakaras advierte que ambos autores creen que los hombres que se encuentran excesivamente confiados en su conocimiento de lo que significan los verdaderos fines de la vida tenderán

Recordemos que para Mill la cooperación era una de las señales que diferenciaba a una sociedad civilizada de una que aún permanecía en un estadio salvaje, era el signo del progreso intelectual alcanzado y de la capacidad para posponer un interés inmediato en favor de un interés verdadero.⁶¹

De lo dicho se desprende, entonces, que el antagonismo milliano, perpetuo y sistemático, también debería ser tolerante y “amistoso”. Ahora bien, este cuadro edulcorado queda matizado cuando se consideran las opiniones de Mill respecto del uso de la violencia y las revoluciones. En efecto, tal como confiesa hacia 1862, “no [le] asusta la palabra rebelión y no [tiene] escrúpulos en admitir que [ha] simpatizado de manera más o menos ardiente con casi todas las rebeliones, exitosas o no, que tuvieron lugar en [su] tiempo”⁶²: la revolución del 30’ despertó en él un gran entusiasmo y precipitó su segundo viaje a Francia; la de 1848 también fue saludada con optimismo y lo mismo puede decirse de las revueltas de 1837 en Canadá o de la guerra civil americana⁶³. Es más, sostuvo que otros rincones de Europa (Polonia o la misma Inglaterra) también podrían verse beneficiados por un estallido revolucionario. Mill cree que la guerra

a concebir el disenso como una herejía o un mal que amenaza la vida ética o como la salvación de la comunidad. Y que, cuando esas personas se hagan con el poder, lo usarán para imponer sus propias ortodoxias. La principal diferencia que los distancia consiste en que, para Berlin, “esta tendencia psicológica anida en el monismo mismo, mientras que Mill la sitúa simplemente en la certeza ética del dogmático”. Berlin creían estar llevando las impresiones de Mill “a sus conclusiones naturales, conclusiones de las que él mismo no se habría dado cuenta”. Zakaras considera que es posible rechazar la tesis de la inconmensurabilidad de los valores- como lo hizo Mill- y al mismo tiempo adherir y fomentar la tolerancia en el sentido en que Berlin la entendía. (Cfr. “A liberal pluralism...”, *op. cit.*, pp. 88-91.)

61 Cfr. Mill, J.S. “Civilization”, *op. cit.*, pp. 122-3 y *Principles of Political Economy*, en: *CW*, Vol. III, p.708.

62 Mill, J.S., “The contest in America”, *Fraser’s Magazine* (febrero 1862), en: *CW*, Vol. XXI, p. 137.

63 Sobre este punto véase los siete artículos reunidos bajo el título de “Prospects of France”, y la serie de más de cien artículos agrupados bajo el rótulo de “French News”, todos ellos publicados en el semanario dominical *Examiner* entre 1830 y 1834 (*CW*, Vol. XII y XIII); “State of opinion in France”, *Examiner* (marzo 1834), en: *CW*, Vol. XXIII; “Radical Party in Canada”, *London and Westminster Review* (enero 1838) en: *CW*, Vol. VI; “Vindication of the French Revolution of February of 1848”, *op. cit.*, “The contest in America”, *op. cit.*, y las cartas enviadas a H.S.Chapman (29-2-1848) y a John Pringle Nichols (30-9-1848), en: *CW*, Vol. XIV.

no es el peor mal que una nación puede sufrir. “La decadencia y el estado degradado de la moral y de los sentimientos patrióticos que lleva a considerar que nada merece la guerra”⁶⁴ resulta más dañina y peligrosa. Las insurrecciones, las revueltas o las guerras pueden, al menos, “encender una luz”⁶⁵, “sacudir el estado de aburrimiento en el que se encuentra la mente de la nación”⁶⁶, y operar como “un medio de regeneración, [siempre que se libren para] proteger a otros hombres contra las injusticias tiránicas, para hacer prevalecer las ideas de verdad y de bien, y cuando los hombres lo hacen impulsados libremente por estos propósitos honestos”.⁶⁷

En atención a estos ejemplos y a otras expresiones de Mill recogidas de su correspondencia con G.W. Sharp y W.R. Cremer y del discurso pronunciado en St. James Hall Park en junio de 1867, G. Williams⁶⁸ invita a reconsiderar la imagen de un Mill defensor del uso de la razón como única herramienta para lidiar con los conflictos sociales. En ocasiones –parece advertir Mill– el uso de la violencia puede resultar, paradójicamente, el curso de acción “más razonable”. Estas ocasiones se presentan cuando la opresión, la tiranía y el sufrimiento de los hombres son tan intensos que, para ponerles fin, vale la pena casi cualquier mal y peligro futuro. Algo similar ocurre cuando no hay medios legales y pacíficos por los cuales canalizar estos sufrimientos, o cuando los existentes se han mostrado ineficaces. A modo de ejemplo, Mill cuestiona fuertemente la ley votada por la asamblea nacional francesa que limitaba la libertad de prensa acusando al gobierno de negar la posibilidad de que las opiniones se enfrentaran por una vía pacífica y justificar, indirectamente y sin quererlo, la vía de la insurrección: “Les dicen que deben prevalecer [a las opiniones] por la violencia antes de que sean admitidas en la contienda por sus argumentos. (...) Cuando sus bocas son amordazadas, ¿se les puede reprochar el uso de las armas?”.⁶⁹ A modo de síntesis

El análisis presentado en estas pocas páginas nos permite señalar las siguientes consideraciones:

64 Mill, J.S. “The contest in America”, *op. cit.*, p. 137.

65 Mill, J. “Poland”, *Penny Newsman* (5-3-1863), en: *CW*, Vol. XXXV, p. 1203.

66 Carta enviada por Mill a John Austin (13-4-1847), en: *CW*, Vol. XIII, pp. 711-5.

67 Mill, J.S., “The contest in America”, *op. cit.*, p. 137.

68 Williams, G. “J. S. Mill and Political Violence”, *Utilitas* 1 (1989), pp. 102-111.

69 Mill, J.S. “The french law against the press”, *Spectator* (19-8-1848), en: *CW*, Vol. XXV, p. 1118.

Lejos de pretender sortear o vencer el antagonismo, los esfuerzos de Mill estuvieron dirigidos a buscar la manera de integrarlo como un elemento necesario para el crecimiento humano y el progreso general de la sociedad. En tanto principio rico y fecundo, el antagonismo es, pues, uno de los componentes del “liberalismo avanzado” que Mill decía defender. Haciendo un juego de palabras, así como en 1849 él mismo convocaba a los espíritus liberales de Europa a asistir al “liberalismo en lucha”⁷⁰, a lo largo de sus escritos también invita a incorporar la “lucha” o el antagonismo como uno de los valores que el liberalismo debe resguardar y defender.

En segundo lugar, el énfasis puesto en el antagonismo como recurso para preservar la libertad nos invita a redimensionar el rol que Mill atribuye al contexto social en la formación de las identidades individuales. Como recuerda B. Turner, los oponentes, los rivales y los distintos tipos de interlocutores con los que cada hombre se vincula a lo largo de su vida cobran especial relevancia cuando se considera que el propio carácter es, en definitiva, “la expresión de la propia naturaleza tal como se ha desarrollado y modificado por el cultivo propio”.⁷¹ En este sentido, como bien apunta K. Zivi, el objetivo de Mill no está puesto en construir barreras impermeables que se paren a los individuos de la sociedad, sino en distinguir y alentar aquellos arreglos y dispositivos socio-políticos que permitan a los individuos cultivar el propio carácter de manera más conveniente y favorable.⁷² En tercer lugar, Mill no circunscribe los conflictos a la arena intelectual o moral, aunque entiende que el motor de cambio se origina primeramente en este ámbito. En este sentido, sus reflexiones muestran una suerte de relación circular entre los beneficios reportados por el antagonismo dentro de una sociedad y las condiciones que ésta debe presentar para que dicho antagonismo pueda ser verdaderamente fecundo. Un proceso de retroalimentación, que sólo es posible cuando el conflicto es “bien entendido”. Es por esto también que el uso de la violencia queda reservado para casos extremos, en los que el bien que se defiende justificaría los males que de ella se

70 Mill, J.S. “Vindication of the French Revolution of February 1848”, *op.cit.*, p. 346.

71 Mill, J.S. *On Liberty*, *op. cit.*, p. 264 y Turner, B. “John Stuart Mill and the antagonistic foundation of liberal politics”, *op. cit.*, p. 50.

72 Zivi, K. “Cultivating carácter: John Stuart Mill and the subjects of rights”, *American Journal of Political Science* 50, 1, (2006), p. 54.

derivan. En ningún momento, sin embargo, propone una lucha entre clases.

Por último, resulta importante recordar que la preocupación que llevó a Mill a revalorizar el antagonismo no debe confundirse con los desafíos que aquejan a algunos pensadores contemporáneos. Su atención no estaba puesta en encontrar los mecanismos adecuados para arribar a consensos, ni le interesaba particularmente discutir acerca de la posibilidad de que éstos pudieran ser finalmente alcanzados. Lo primordial, a su entender, era evitar que los supuestos "consensos" logrados por la mayoría terminaran oprimiendo a los individuos. Su compromiso con el pluralismo y el antagonismo debe ser enmarcado, por consiguiente, dentro de una concepción antropológica que sigue anclada en los valores modernos del progreso, la igualdad, la libertad individual y el predominio de la razón. De modo que esta defensa del pluralismo no guarda correspondencia con ciertas propuestas postmodernas que interpretan toda forma de confrontación racional como una dialéctica de poderes irreconciliables, o que fundamentan la práctica del consenso en una ética procedimental sin pretensiones sustantivas. En tanto pensador moderno, la visión política y social de Mill sigue siendo teleológica, en el sentido de admitir y aspirar al mejoramiento social por vía de la reivindicación de la práctica racional.

María Pollitzer
Universidad Católica Argentina, República Argentina
e-mail: <maria_pollitzer@hotmail.com>